

Mario Ciudad Vásquez

La actitud final de Melfi

El cambiante mundo externo y el fluir ininterrumpido de la subjetividad, hacen que el ser humano vivan en permanente devenir. Los sentimientos, las imágenes, las tendencias, las ideas, los deseos, las voliciones se suceden en una atropellada y compleja continuidad. Esta persistente variabilidad parece ser una de las dimensiones esenciales de la psiquis.

Empero, tras esta proteiforme consistencia de la substancia espiritual es posible encontrar siempre ciertas constantes; algunos caracteres dominantes y comunes a períodos más o menos extensos; determinadas actitudes centrales que posibilitan distinguir etapas en el incesante e imprevisible proceso de la existencia. Claro está que a lo largo de la vida estos ademanes fundamentales también cambian, pero cada uno de ellos es característico de la época a que corresponde, y todos parecen confluir en la constitución del último, del más complejo y evolucionado.

¿Y cuál fué la actitud primordial de Melfi de los últimos años que únicamente tuvimos oportunidad de conocer? ¿Cuáles sus propensiones, su disposición más definida, en suma, aquella su postura espiritual que muestre por lo menos un aspecto esencial de su personalidad de literato y periodista?

En este breve esbozo, trazado con la agitación y la urgencia que apremian al periodista, sólo podemos acudir a dos claves, las más inmediatas: «Casa Grande» y «Sinceridad», a Luis Orrego Luco y al doctor Valdés Canje. Eran citados a menudo por él, en sus conversaciones y escritos. El espíritu de ambos, o mejor, el mismo espíritu imbuía a ambos y a Melfi.

Un pedruzco que rueda al desprenderse de una roca no preocupa a nadie ni precisa de su interpretación especial. Si el mismo pedruzco cruza el aire impulsado por la mano traviesa de un muchachito, de inmediato el ser o el destino del proyectil se enriquece con el contenido psíquico del juego. Y si la piedra es lanzada por la mano del patriota contra el tirano, o contra alguna Bastilla en que se resuman los excesos cesáreos y a ella se unen miles más, y el ruido de los impactos es acallado por el rugido de la muchedumbre, entonces las cosas inanimadas se animan, aparecen dotadas de una significación social e histórica, exhiben un sentido,

Domingo Melfi no se preocupó teóricamente de estos asuntos. Hasta es posible que desconociera las valiosas y múltiples investigaciones de la filosofía contemporánea sobre la cultura. Pero en sus dos últimos

libros, principalmente, en el «Viaje Literario» y en «Tiempos de Tormenta», se le ve entregado de lleno al afán de captar el sentido, de interpretar hombres y circunstancias. Y en sus también últimos artículos periodísticos, se advierte la misma nota predominante.

¿Cómo ubicar a Melfi en esta tarea?

El historiador, comprendido en el sentido más amplio, y el periodista tienen un alma afín. Chile es país de historiadores y periodistas. Los nombres forman legión. Citamos únicamente dos. Uno algo lejano, Vicuña Mackenna, y otro más reciente, Alberto Edwards. E ilustramos la similitud, en esta obligación de dar sólo brochazos, con una semejanza evidente entre los dos modos de encarar los acontecimientos: el cronista y el reportero narran; el historiador interpretativo, el de mayor rango, y el redactor de un diario, comentan. Sólo que uno glosa el presente, y a veces hasta lo que sobrevendrá, o cuando menos, examina lo de recién ayer, mientras el otro, el historiador, fija la mirada en el anteayer.

Como en tantos otros, en Melfi coexistían ambos espíritus. Evidentemente no fué un historiador, pero cultivó un género literario muy próximo, el cual exige dotes de comprensión histórica. Desde luego, hizo historia literaria y, en seguida, su penúltimo viaje, el anterior al definitivo de su muerte, el que tomó forma y densidad de libro, constituye un intento de hacer revivir una época de la espiritualidad chilena a través de bellísimas viñetas. Asimismo, «Tiempos de Tormenta»,

la inmediatamente anterior a la última que lo abatió, es una reconstrucción de un momento señalado de la sociabilidad chilena. De ahí, además, su pláceme por la historia tal cual la entiende y cultiva don Francisco Antonio Encina.

Pero hemos de circunscribir aún más el campo en que se desenvolvió Melfi en los últimos años, justamente cuando lo conocimos personalmente y lo vimos a diario.

En la búsqueda del cómo fué y del sentido, en el relato y la explicación, tal como aparecen en el periodismo que enfocamos, mostró Melfi predilección por las circunstancias aparentemente insignificantes, no por las existencias o los hechos culminantes. El remate de un viejo palacio santiaguino superficialmente era una subasta más; pero en realidad no era insignificante. La voz vertiginosa del martillero no ofrecía joyas, vajillas, pinturas, muebles, pues pregonaba significativamente el advenimiento de una nueva clase social en Chile y la correlativa postergación de otra. Esto lo columbró Melfi con aguda claridad.

En «Un Pequeño Detalle», publicado en «La Nación», el pequeño detalle de la evolución de un centavo dado de más le revela el carácter de un pueblo. «El Perro Estrafalario de Nueva York», «Aspectos de la Democracia en Estados Unidos», «La Soledad en Nueva York», etc., también aparecidos en «La Nación», constituyen otras tantas pruebas de su inclinación a buscar los estratos profundos del individuo o

de la colectividad en... los pequeños detalles. Y la elección de este tipo de material como punto de partida torna ardua la tarea, pues requiere una sensibilidad finísima.

Así vimos a Melfi en el último lustro. Para quienes lo estudien sin prisa y desde todos los enfoques, he ahí una dirección posible para comprenderlo.

Así conocimos a Melfi. Dedicado a revivir el pasado, a interpretarlo, escudriñaba desde el ángulo del ensayista y desde la perspectiva del periodista. Buscaba sentidos con un criterio entre sociológico y artístico, cuando la muerte lo apartó de la sociedad de sus amigos, de la belleza que le era tan cara y lo precipitó en el mundo misterioso del sin sentido...